

### CAPITULO III

¿Son dos hombres ó son dos mundos?

Después de haber oído misa, Filippo entróse á orar en una de las capillas y se quedó profundamente dormido, como era natural tras la noche anterior tan agitada y tempestuosa. Usábase tanto en aquellos tiempos el recogerse, acurrucarse, dormirse al pié de los altares, que nadie lo echó de ver, ó si alguno por acaso lo vió atribuyó el sueño á meditacion, á plegaria, á éxtasis. De cinco á seis horas pasó en tal estado, y todos cuantos en la capilla entraron y le vieron, dejáronle en su reposo y en su beatitud. Satisfecha su necesidad enteramente, se despertó, y ya despierto, comprendió lo mucho que habia dormido, y se arrepintió por breve instante de aquellas sus inclinaciones, que le obligaban á dormir de día y á velar de noche, contra todas las leyes de la naturaleza. En su remordimiento deseó dar una satisfaccion al cielo irritado, mas que á su conciencia encallecida, y se encaminó al monasterio donde habitaba el santo de aquellos tiempos, el pintor divino de los ángeles, el perfecto modelo de virtud entre los hombres, entonces Fra Giovanni da Fiesole, y mas tarde, por siglos de siglos, el Beato Angélico.

Ir á esa fuente de inspiracion; recoger sus ideas vivas; beberlas á tragos; era un acto religiosísimo parecido al de los peregrinos, que corrian desalados en pos de las aguas milagrosas, cuyos caudales brotaban bajo la advocacion de algun santo ó de alguna virgen. Fra Angélico no pertenecía ya á este nuestro bajo mundo. Consagrado exclusivamente á la pintura religiosa, expresada con todo el candor que debia tener la humanidad antes de abandonar el paraíso, de tal suerte se absorbió en el asunto de su vida,

que desde las lobregueces y tristezas de la tierra pertenecía ya en pensamiento y en espíritu á los bienaventurados del cielo. Diríase que por un privilegio divino, concedido solo á su persona, habia visto la creacion angélica allá en la eternidad, antes, mucho antes de que se encendieran los soles y brotaran los mundos. Parecia por lo menos que los ángeles bajaban á contarle como surgieron de la palabra divina en la gloria, cual nubes de mariposas avivadas por el calor de la primavera; como volaron, recién creados, por el eterno eter gozándose en el placer de la vida bienaventurada y luciendo en sus frentes, á manera de misteriosas estrellas engarzadas en sus coronas las ideas increadas; como llevaron, recogíendola en el Eterno, á los espacios infinitos, vacios y oscuros, el alma y la vida de la primera luz; como, al son de sus arpas y al eco de sus coros, los orbes rodaron sobre sus diamantinos ejes y produjeron en parábolas y elipses sus conciertos; como esculpieron sobre los planetas con la cal y el barro de sus tierras las humanas figuras y pintaron las flores y difundieron con su aliento los aromas y doraron los soles y tendieron los cometas, plumas sacudidas de sus alas de fuego; como, allá en las cimas de la bienaventuranza, apoyados y sostenidos unos en otros, consagraron todos de consuno su aliento y su voz al coro que produce en la inmensidad de los cielos las alabanzas al Eterno y que puebla lo infinito con armonias de las cuales vienen á ser ecos lejanos las notas y los arpegios y los cánticos de las artes.

Cuando ya la naturaleza entera se despertaba á una vida exuberante; y los dioses del paganismo surgian de las ruinas, ébrios de ideas y embriagando los sentidos; y las naves mas audaces se arriesgaban en largas navegaciones hácia Oriente y hácia Occidente para completar la tierra; y se movian máquinas recién inventadas, que servian á escudriñar los cielos, á dominar los mares, á multiplicar hasta lo infinito las ideas, perpetuándolas por toda una eternidad; y la forma humana en su desnudez parecia todo el ideal de las artes como en la antigua Grecia; aquel monge, aquel penitente, aquel místico, de rodillas ante sus cuadros, nada veia de la nueva humanidad ni de la nueva era; y se consagraba á la pura religion de la Edad Media, descuidando el cuerpo de sus figuras, que cubria bajo los cendales de sus mantos realzados por los mas vivos colores y por los bordados mas deslumbrantes, para concentrar en el rostro y en los ojos la idea, el alma, el espíritu, parecidos á reflejos y reverberaciones del cielo.

Después de una confesion de sus culpas, como los primeros cristianos, de un largo ayuno, como los cenobitas asiáticos, de una penitencia en que maceraba su cuerpo; evocando por la fé las grandes personificaciones de la religion cristiana, viéndolas después de evocadas en las nubes de poesia que llenaban sus ojos; saludándolas con las saluciones de la oracion, casi de rodillas en el duro suelo, en las maderas de su andamio, ó al pié de las tablas aparejadas para sus cuadros; y trémulo de inspiracion y de ardor, como si



rezara, trazaba una obra donde se veía en toda su ingenuidad y en toda su pureza la Virgen Madre, el Cristo Redentor, los Santos bienaventurados, los ángeles con sus túnicas de largos pliegues, sus alas de múltiples colores, sus aureolas de luz, sus salterios y sus arpas en las manos, sus arrobamientos en los ojos, su sonrisa bienhadada en los labios, su serenidad divina en la frente anchísima, tales como debía adivinarlos y descubrirlos el alma extática, después de haber sacudido el terrestre polvo de la grosera materia y elevándose por la escala de sus místicas contemplaciones á la beatífica vision de los cielos.

Este hombre no tenía en la creación de sus obras ningún móvil humano: ni la vanidad, ni el amor á la gloria, ni la recreación interior, ni los aplausos, ni las riquezas le impulsaban á producir. Creía que para conseguir el cielo, después de pasar por este mundo, necesitaba purificarse á sí mismo, purificar á sus semejantes de las manchas que todos traemos á la vida en el mero acto de nacer, y pintaba, como hubiera podido predicar ú orar, con fines puramente religiosos. Era uno de esos hombres consagrados por entero á la idea, solo que su genio creador y su temperamento artístico le llevaban á no producir la idea sino bajo sus más bellas formas de expresión y de relieve en las artes esencialmente plásticas del dibujo. Y no creáis que por estas causas y razones se atenia á formas litúrgicas consagradas por alguna tradicional ortodoxia; era tan grande la pureza de su alma, tan profunda la piedad que lo animaba, tan vivo su fervor, tan candida y primitiva su fé; en la piedad tan sincero, en el sentimiento tan veraz, en el amor religioso tan profundo é ingenuo, en la vida toda tan religioso, que no dudaba un punto de que las figuras trazadas por su pincel obedecían á la inspiración celeste y personificaban la pura verdad y la santa idealidad de los dogmas revelados á su alma, abierta como una rosa mística á las auras venidas de lo infinito. Antes de pintar á la Virgen, se encerraba en la oración y en el éxtasis; antes de pintar la Pasión de Cristo, se deshacía en lágrimas; pero después de haberlas pintado, no se acordaba de que habían salido de su bajo pincel, de sus terrenas manos, les rezaba, las adoraba, les pedía fuerza en sus combates, consuelo en sus angustias, auxilio en sus necesidades, como si hubieran sido trazados por los ángeles mismos del cielo con los colores del iris en la inmensidad del espacio, á la manera de aquellas columnas de fuego surgidas por las noches, milagro de Dios, á los ojos de los errantes israelitas en la soledad del desierto. A este hombre, pintor espiritualista por excelencia, que ha apartado su vista del mundo, y ni ha conocido la antigüedad ni ha visto la anatomía, y ha puesto empeño en ocultar los cuerpos bajo los pliegues de las túnicas, y ha iluminado sus figuras con una luz superior en lo áurea y en lo brillante á la luz misma del sol, y ha concentrado el arte todo en la expresión, y la vida toda en el rostro, es decir, en el alma; á este pintor místico y casi divino iba á ver Filippo, el

artista de vida airada, el calavera de las rondas y de las serenatas, el ensalzador del renaciente paganismo, el hijo pródigo de la Naturaleza.

¡Qué dos hombres! Ambos eran pintores. El uno comenzaba su carrera y el otro la concluía; el uno entraba en la juventud y el otro en la vejez; el uno vivía en los claustros y entre las gentes el otro; el uno consagraba su vida á plegarias y penitencias, el otro á pasiones y aventuras; el uno se daba á la imitación de Jesucristo en la estrechez de una celda, y el otro á las embriagueces de los bacantes en la vívida naturaleza; el uno atendía á los conciertos de los ángeles, que apenas podían encerrarse en las líneas y colores de la pintura, y el otro á los besos de las mujeres, á los ardores del vino, á las fiebres de todos los delirios que nacían de la agitada realidad; el uno jamás vió el cuerpo humano manchado por la culpa, y el otro le había arrancado todos los velos, y en su más bella forma, en la forma femenina, lo había estrechado mil veces contra su corazón rebosante de placeres; el uno sacudía hasta de sus ojos toda sombra terrena subiendo por la escala mística de la oración y de las contemplaciones al infinito, mientras que el otro volvía al seno del paganismo, á la apoteosis y divinización de la materia y de la forma, nadando en el ser, como aquellos dioses encontrados por los navegantes entre las ondas, como aquellos sátiros encontrados por los campesinos antiguos en los bosques; y teniendo que pintar ambos los Cristos, las Vírgenes, los Santos, los Angeles, como cumplía á su tiempo: Angélico los dibujaba en el éter increado, y Filippo en la viviente realidad; porque era el uno como la última tarde de la Edad Media en su ascetismo, y el otro como la mañana del Renacimiento en toda su exaltación y en toda su exuberancia.

El convento de San Marcos no era entonces ni es hoy un edificio de grande esplendor como *Santa María dei Fiori*, como *Santa María Novella*, como la misma *Santa Croce*. Sencillo en su arquitectura severísima, con breve iglesia y anchos claustros, aparecía y brillaba como una verdadera isla de oración y de recogimiento en medio de la Florencia febril, á la continua agitada por sus revoluciones republicanas y por sus competencias artísticas. La orden de Santo Domingo lo ocupaba, orden de predicadores, que, por el ejercicio constante de la palabra, tenía que mezclarse en las contiendas políticas y que por el ejercicio de la virtud, si no lograba eximirse del destierro tan aplicado en la moderna Florencia como en la antigua Atenas, lograba imponerse á la consideración y al respeto universal.

Cuando Filippo llegó á la portería, aunque era hora de recibir, el fraile portero le opuso alguna resistencia, pues sabía que con sus disputas molestaba la serena beatitud de Fra Angélico, aunque esta molestia tuviera por única expresión las contracciones de alguna amarga sonrisa en los labios del bienaventurado.

—¿Fra Giovanni?



Gritó Filippo al portero.

—¿Vienes á molestarlo?

—No, vengo á bendecirle, á escucharle, si preciso fuera, de rodillas.

—Cállate, hombre, si cada vez que le visitas, le perturbas con tus dicharachos y le atribulas con tus salidas y tus irreverencias.

—¿Se acuerda Vuestra Merced de aquella tarde en que Fra Giovanni leía la Imitacion de Jesucristo y yo los cuentos de Bocaccio?

—¿Pues no me he de acordar? Viniste cuando no estaban todavía acabadas sus oraciones. Entraste en su celda y no te hizo caso. De rodillas ante un fresco de su propio pincel, que representaba la Visita del Angel, leía la Imitacion de Jesucristo.

—Naturalmente, viéndole tan absorto en su libro, yo saqué el mio. «Dame, dulcísimo Jesus, leía en su breviario Fra Giovanni, el descansar en tí, lo cual me place mas que todos los dones y presentes posibles, que todos los gozos y todas las alegrías dobles al espíritu..... He ahí mi Dios y mi todo. ¿Qué mas puedo querer ni qué mas desear de feliz y bienaventurado? Dios mio, Dios mio, tú para mí eres todo. Esta contemplacion que basta á quien sabe comprenderla y repetirla ¡cuán dulce al corazon amante! Contigo, todo me parece delicioso, y sin tí, todo triste y desabrido. Tú envías la verdadera paz á mi corazon, paz y alegría de fiesta.» Y mientras absorto contemplaba estas líneas y decia estas palabras, yo recitaba en alta voz el cuento del ruiseñor en el Decameron, la inquietud de aquella hermosa muchacha florentina que no podia por el mes de Mayo dormir en la alcoba de su madre, á causa del calor, y que no paró hasta trasladar su lecho á la galería del jardín con pretexto de oír al músico de la noche, al poeta de las estrellas, al ruiseñor en celo gorgeando sus serenatas en deliciosas notas, por lo cual consiguió aquello que en realidad buscaba, las caricias de un jóven su amante, gran trepador de tapias y sitiador de corazones, que subía, valiéndose de peligrosa escala, á favor de las tinieblas, en pos de su amada, para darse en sus brazos al placer.

—Calla, loco, no vengas á turbar la paz de esta santa casa con esos cuentos desvergonzados, que no podrían leerse ni siquiera en una taberna.

—Confieso que yo mismo llegué á dolerme de mi audacia y á arrepentirme de mi pecado, cuando le ví volver los ojos tranquilos con mansedumbre igual á la mansedumbre de un cordero. Tanta paz de su parte, tras tanta profanacion mia, supiérame á indiferencia, si pronto no me penetrara de que, en su éxtasis, no habia oído ni una sola palabra de cuanto yo leí. Imagínese Vuesa Merced lo que llegaría á alegrarme de que la virtud extática de su propia alma le hubiera preservado de mis desgraciadas gracias, elevándolo como en la absorcion de su arrobamiento, hasta el cielo y distrayéndole de los rumores de la tierra.

—Vamos, en el fondo de tus calaveradas y de tus aturdimientos, siempre late un buen corazon. Pero dime: ¿estamos en carnaval?

—¿Porqué lo pregunta Vuesa Merced?

—Por que te veo tan ricamente vestido que me pareces un noble.

—Este traje.....

—¡Vaya!

—¿Le extraña?

—Ciertamente, esa cabellera partida por la mitad á guisa femenil, esos rizados caídos sobre la espalda, esa túnica de brocado que te llega mas allá de las rodillas, esos floreados de tisú de plata, esos botones de oro que bajan del cuello al vientre, el cinturon de que pende larga espada, el encaje aligerando los bordados, la ancha y larga capucha á la espalda, las calzas de grana y los zapatos de terciopelo negro denuncian á un jóven de la aristocracia florentina y no al pobre novicio y lego de un convento de carmelitas.

—¿Si vieras cómo en el convento me hastiaba y qué necesidad tenia de abandonarlo, antes de que por fuerza me obligaran á una profesion pública de monje, contraria á todos mis deseos y repulsiva completamente á mi naturaleza! Pero un noble del partido contrario á los Médicis me protegió y me sacó de aquella penitencia y me consagró al mundo, á cuyo seno me llamaba mi vocacion, y en compañía de uno de sus hijos de mis propias inclinaciones y gustos, me vistió como un príncipe veneciano, dejando á mi arbitrio para moverme en el mundo toda la libertad imaginable, de la cual uso y abuso á mi antojo como de una pingüe propiedad.

—¿Y no tienes mas protector ni mas amparo que ese noble?

—No.

—Pues ya puedes apercibirte á muchos malos tragos.

—¿Cómo?

—Y á mucha hambre.

—¿Por qué?

—¿Por qué?—Por una sencillísima razon, porque habrá salido desterrado con todo su partido, lanzado de Florencia por la nueva Señoría.

—Pues no sabia nada.

—¿Dónde y cómo habrás pasado el tiempo?

—Le he pasado de jácara y de regocijo. En cuanto al destierro, me duele por ellos, privados de las orillas del Arno y de sus hermosos jardines. Por mí no me duele. Con este traje tengo para comer mucho tiempo. Cada boton me procura un mes casi de vida. Luego..... veremos. Aunque no lo parece, me he criado en un convento y he leído muchas veces el Evangelio. Y sé que Dios ampara á las aves del cielo, las cuales ni siembran ni cosechan, y sin embargo, están sustentadas y vestidas como los serafines en la gloria, lo mismo que los lirios del valle, los cuales ni hilan ni



—Vámonos en el fondo de tus castas y de tus sentimientos, siem—  
—36—  
tejen, y sin embargo, llevan manto mas hermoso que el régio manto de Salomon sobre su trono.

—Y todas esas máximas te conducen á vivir vida alegre, á descuidar los santos sacramentos, á olvidarte de que un dia morirás y al dia siguiente, ya en la divina presencia, habrás de dar cuenta á Dios de tus palabras y de tus obras.

—¡Vaya! Padre Portero, no estoy para sermones. Ya no es hora de oficios. Déjeme en gracia de Dios ir á ver al pintor divino en cuya presencia siento saltar de regocijo y de esperanza mi alma.

Y á los pocos momentos se encontró Filippo frente á frente de Fra Angélico, al cual no pudo saludar sino despues de haber invocado la Trinidad y la Virgen Maria juntamente. El buen monje concluía en aquel instante su cuadro del Paraíso, y lo contemplaba, no con la satisfaccion del artista recreándose en su obra, sino con la piedad del santo pidiéndole á todos los bienaventurados allí esparcidos un lugar entre ellos, despues de la muerte, por los méritos de Aquel que nos redimió con su sangre en las aras eternas del sacrificio, en las sublimes cumbres del Calvario. La luz resaltaba con tanto brillo que parecia venir de otras regiones superiores á nuestro Universo; el oro bajaba por todas partes y se cuajaba, como condensaciones de esa luz, en las coronas cargadas de rubies, de ópalos, de esmeraldas, y en las innumerables alas compuestas por plumas de cien varios matices: allí no habia ni gradaciones de color, ni medias tintas, porque todos nadaban en la misma bienaventuranza y poseian el grado último del éxtasis; los cuerpos aparecian desmayados, flojos, incorrectos, desproporcionadísimos, pero los rostros recogian, como vueltos hácia inaccesibles alturas, la inefable alegría de la gloria, despertando en la voluntad el deseo de sacudir esta organizacion nuestra, como una armadura inútil, ó como una cadena abrumadora, para convertir el alma en nube de incienso, en nota del órgano, en oracion exhalada de los deliquios religiosos, en idea mística de la misma oracion nacida, volando hasta perderse, como una llama en su ascension continúa á las alturas, como un anhelo inextinguible del deseo, como una aspiracion al amor infinito, en la incomunicable esencia del Eterno.

Filippo se quedó deslumbrado en presencia de aquel cuadro como quien pasa de las tinieblas á la luz vivísima y resplandeciente. Así es que no pudo articular ni una sola palabra. En aquella estrecha celda, ante los místicos frescos de sus paredes, junto al fraile dominico embebido en la contemplacion extática, su presencia, su figura, su traje, su ademan, su espada al cinto, sus brocados y encajes aparecian como una verdadera profanacion. La virtud del arte sincero sobre las almas, aún las mas rebeldes, tiene tanto poder que las vence y las avasalla. Así es que Lippi estuvo á punto de hincarse de rodillas ante el cuadro y unir sus oraciones á las oraciones del fraile. Pero su temperamento de artista se sobrepuso á todo, y volviéndo-

—37—  
se hácia el autor y olvidando su natural y su carácter, le dió una profana y entusiasta enhorabuena que trajo encendido carmin á las megillas y ardiente fuego á los ojos de Giovanni, ruborizado como si fuera una casta y pudorosa doncella que oyese por vez primera un requiebro á su gracia y á su hermosura.

—Yo nada he puesto ahí sino el movimiento material de estas terrenas manos, indignas por ser mias de tocar á tales asuntos, á cuya grandeza no me atreviera, sino obligado por la obediencia debida al confesor que me absuelve de mis pecados y al prior que dirige y gobierna todo mi ser. Cuando Dios quiere que una de sus consoladoras verdades aparezca á los ojos humanos en forma visible, mueve á mis superiores, los cuales ordenan que trace un cuadro, y les obedezco cual pudiera obedecer á los ángeles mismos venidos desde el cielo. De otra suerte, no seria posible que yo, gusanillo de la tierra, trazara con tosco pincel, ni en sueños, sin tener á mano la luz misma de la gloria y las sustancias angélicas y bienaventuradas, la imágen de Cristo, á cuya presencia tiemblan los tronos y las dominaciones, se inclinan los ángeles y los arcángeles cubriéndose con sus alas, y se deslumbran y se ciegan los serafines cercanos al trono del Eterno.

—Pero, padre, padre mio, debeis sentir dentro de vos mismo, además de la voluntad que determina la accion, á la obra, las inspiraciones que determinan á la voluntad.

—Yo nada siento, porque yo me pierdo en la contemplacion de Dios y no me encuentro á mí en mí mismo. Yo nada soy. Tú ahora me miras en esta celda, á cuatro pasos de mí y me ves como ves en tu camino, por la noche, el casi imperceptible resplandor de la luciérnega pegada á las yerbecillas. Pero di que venga el dia y ya verás como se extingue aquella luz. Así nosotros ahora nos vemos y nos hallamos en este rincón del espacio donde nos hemos encontrado, pero ¿qué somos en presencia del Eterno, cuando ese mismo sol cuyos rayos borran las estrellas en el empíreo y las luciérnegas en el arroyo, aparece como una luciola fugaz é imperceptible comparado con el Creador que dió su aliento de vida á todas las criaturas?

—Verdaderamente que en presencia de Dios todo es pequeño. Pero si algo hay grande, si hay algo divino, como que produce la imágen de Dios mismo, de sus santos, de sus arcángeles, de sus bienaventurados, sin duda, es la mente, la fantasía, la persona del artista, sacerdote ungido desde el nacer por la inspiracion, rey de los demás seres por el génio, creador como Dios mismo por sus obras.

—Hijo mio, no te envanezcas así. Porque Dios te haya concedido un hábil pincel, no creas que te ha legado el cetro de la creacion. Poderoso y bello podrás ser, pero no tanto como el ángel á cuyos ojos debieran ir los mundos para beber su luz, como van las abejas á beber la miel en las corolas de las flores. Y desvanecido de orgullo se creyó igual á Dios mismo, mere-